



Ramón Mercader, en el centro, portando una bandera, durante una manifestación de jóvenes militantes comunistas en Barcelona para saludar la liberación del presidente de la Generalitat, Lluís Companys, encarcelado en el penal gaditano de Santa María después de los acontecimientos de octubre de 1934.

RAMON MERCADER: MISION CUMPLIDA

TERESA PAMIES

CONOCI a Ramón Mercader un día de 1936 cuando, desde Balaguer, mi pueblo, fui a visitar a su madre, herida de metralla en las primeras batallas de Aragón. Se hallaba hospitalizada en una clínica de Lérida y había sido sometida a larga y penosa operación. Unas chicas de la JSU leridana le llevamos flores. Era una famosa militante procedente del precario PCC que, el 23 de julio de aquel mismo año, se había fundido con

la Unió Socialista de Catalunya, el Partit Català Proletari y la sección catalana del PSOE para formar el PSUC. Me presentó a su hijo Ramón, herido también, aunque de menor gravedad. Era un muchacho de veintidós años, alto, fornido, algo exaltado en sus formas de expresarse y sumamente cordial. Su madre, Caridad del Río, era más impresionante, no sólo por lo físico —alta, espléndida dentadura, melena corta prematuramente blanca, espesa y alboro-

tada—, sino por su vitalidad y capacidad de entusiasmo. Cuando volví a verla, ya restablecida, vestía una chaqueta de cuero sobre falda ancha, calzaba botas de soldado y, pese a su atuendo guerrillero, se la veía distinguida. Era persona instruida y, según me dijeron, pintora de talento.

A Caridad, nacida en Cuba, la casaron muy joven con un rico catalán llamado Pau Mercader, mucho mayor que ella. Lo dejó en 1930 huyendo a

Francia con sus hijos mayores, ninguno de los cuales se le parecía tanto como Ramón, que era el segundo, si no me equivoco. Su hijo Pablo, al que conocí muy pronto en Barcelona, era menos espectacular, aunque, como su madre, sentía intensamente la causa antifascista. Murió en la primavera de 1937 en el frente de Madrid, al arrojar una granada contra un tanque enemigo. Cuando nos llegó la noticia de su muerte, Caridad se hallaba en México en misión

oficial ante el Presidente Cárdenas, al objeto de conseguir fusiles para la República española. En las hemerotecas pueden encontrarse fotos de la impresionante manifestación en la capital mexicana encabezada por el prestigioso Presidente y una mujer de pelo blanco, alta, vestida de chaqueta de cuero: Caridad del Río, a la que llamábamos "La Mercader" porque era un apellido más catalán y menos rimbombante.

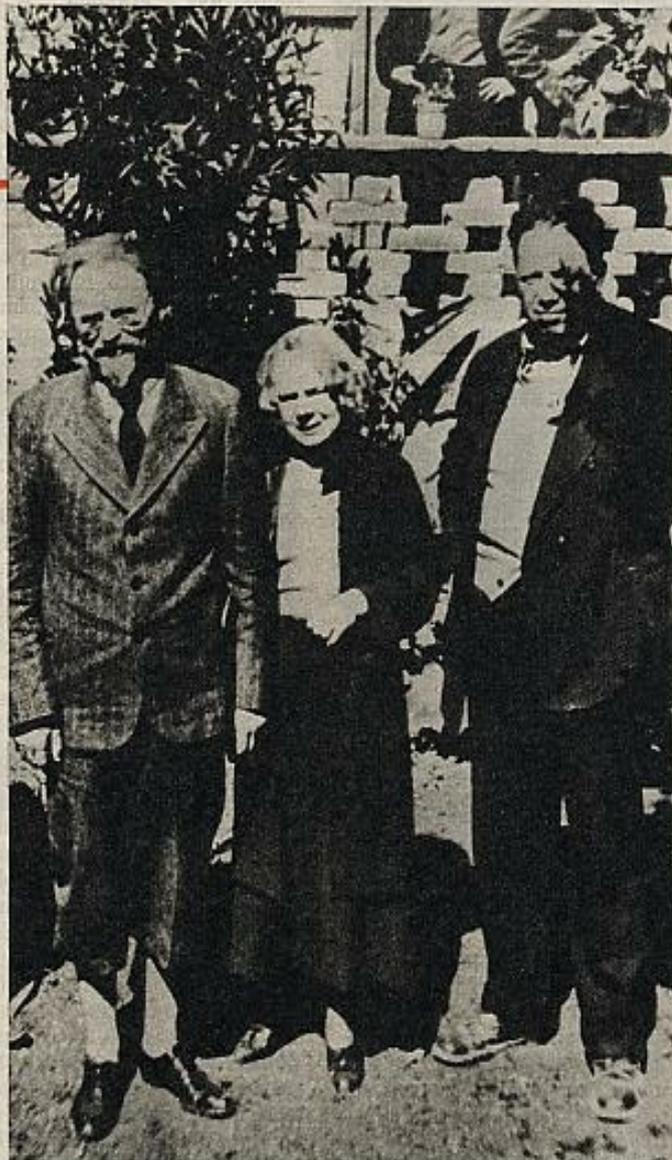
Ocho años después de aquella manifestación y provista de pasaporte cubano, Caridad del Río se plantaba en México para que el ex Presidente Cárdenas, todavía influyente, la ayudase a liberar a su hijo, condenado a veinte años de cárcel por haber matado a Leon Trotsky, refugiado político acogido al derecho de asilo de la Constitución mexicana, el mismo derecho que les fue concedido a decenas de miles de republicanos españoles.

Lázaro Cárdenas no recibió a Caridad del Río. Los organizadores del crimen no tuvieron en cuenta que violaban la soberanía mexicana al asaltar la finca donde vivía Leon Trotsky, de cuya seguridad respondía el Gobierno del Presidente Cárdenas.

¿Qué había pasado entre la memorable manifestación y la desesperada gestión de la madre de Ramón Mercader? La guerra de España y su trágico desenlace. Las depuraciones estalinianas de los años treinta que equiparaban el trotskismo al fascismo. El estallido de la segunda guerra mundial y el ataque del III Reich hitleriano a la Unión Soviética. En este

marco histórico hay que situar la "misión" que le fue confiada a Ramón Mercader, "misión" que no terminaba con la ejecución de Leon Trotsky. La de Ramón Mercader fue una tarea que sólo podía concluir con su propia muerte en el "ghetto" que tuvo que imponerse, treinta y ocho años después de que asesinará, con premeditación, alevosía y ventaja, a uno de los organizadores del Ejército Rojo.

Se ha vertido mucha tinta sobre este asunto, incluso se rodó una película basada en sus aspectos más folletinescos, pero entre nosotros, comunistas, se ha eludido el tema por razones



Leon Trotsky, durante su exilio en Méjico, en compañía de su mujer y del pintor Diego Rivera.

Pudo ser cualquiera de nosotros

Moscú habían eliminado prácticamente a casi todos los antiguos colaboradores de Lenin y había transcurrido escaso tiempo de aquel año en el que en España se había aplastado al POUM. Y se había asesinado a Nin. En este sentido, tal vez no sea inoportuno recordar que todavía recientes los servicios prestados a los soviéticos en España para eliminar a Nin y otros disidentes, también en el primer intento fallido de asesinar a Trotsky, ya en México, no estuvieron muy lejos de ese hecho algunos miembros vinculados al exilio español. Nunca pudo pensar Liev Davidovich Bronstein, cuando en 1916 visitó España, que los españoles se transformarían, también, en mercenarios estalinistas. De igual manera de que su última mirada no captaría en los ojos del asesino toda una voluntad, bien cultivada, de proseguir hasta el infinito el ritual saturnal de la revolución devorando a sus propios hijos. Y esta vez, asimismo, de manos de un español.

Hay que haber vivido aquellos años de deformaciones, años acriticos vividos por tantos de nosotros, para poder comprender hasta qué grado todos los comunistas "oficiales" de entonces fuimos culpables, sin excusas, de la muerte de Trotsky. Y lo grave no era, desde nuestra óptica de hoy, la desaparición de un líder tan importante en la dinámica de la revolución bolchevique, sino la aceptación sin titubeos de que los problemas del movimiento revolucionario internacional podían pasar por esos crímenes colectivos.

No son los pequeños recuerdos de uno (el conocimiento de algunos protagonistas, los testimonios recogidos más tarde, etc.) los que ahora nos afloran. Es la vergüenza revolucionaria por haber sido cómplices intelectuales de las muertes de otros más antiguos disidentes. No es posible partir de cero y pasar la esponja en la pizarra de nuestra memoria. Es, por contra, la memoria de aquello lo que nos obliga hoy a calificar de crímenes a hechos entonces "heroicos" y en los que nos vimos involucrados desde lejos tantos y tantos comunistas. Este reconocimiento debe ser uno de los principales soportes de nuestra conducta actual. Tampoco aquí cabe el consenso del silencio, tampoco. Ramón Mercader fue uno más, pues de otros ejecutores no conocemos ni siquiera sus nombres. Pero en aquellas feroces épocas cualquiera de nosotros, armado de valor, pudimos convertirnos, al dictado, en verdugos de disidentes, y eso sí que es gravísimo si no se confiesa públicamente ahora, cuando hemos eliminado de nuestra formación revolucionaria todo el magma sectario y todas las impregnaciones estalinistas.

Ramón Mercader ha terminado por ser nuestro "hombre de La Habana". Muchos conocedores deben reconstruir con veracidad una historia que exige lucidez. No se trata de adquirir hábitos de secta con el consabido "mea culpa", sino de enfrentarse con la memoria, de cara a protagonizar en el devenir revolucionario un papel libre de toda sospecha. ■

RICARDO MUÑOZ SUAY

CREO que la muerte de Ramón Mercader —si es que, en verdad, ha muerto definitivamente y no se trata de otro nuevo ardido de los servicios secretos— nos afecta a muchos. A todos los que, por nuestra deformada militancia, pudimos ser, en potencia, los asesinos de Trotsky. En todo caso, creo que a nadie de los que en aquellos años aceptábamos sin lugar a dudas —o con algunas pocas— la necesidad de exterminar a los trotskistas, como verdaderos aliados del fascismo, nos conturbó la noticia de la muerte espantosa de Trotsky, sino todo lo contrario. Hacía poco, muy poco, que los procesos de

RAMON MERCADER

que tal vez ya no tengan sentido. Ramón Mercader fue un joven comunista de los años treinta, estalinista por consiguiente, como lo fuimos todos sus camaradas. Incondicional de cualquier decisión pública o secreta tomada en Moscú. Llámalo fanatismo, ceguera o cretinismo, pero era así. Y lo era en lo que tuvo de nefasto y en lo que tuvo de movilizador de energía para combatir al fascismo, cuando la URSS llevó el peso fundamental del combate y la lucha era a muerte.

Ramón Mercader participaba en la organización de la Olimpiada popular el verano de 1936; Olimpiada que debía celebrarse en Barcelona como réplica a la que Hitler preparaba en Berlín. Estalló la sublevación contra la República y los organizadores de la Olimpiada popular, incluidos algunos atletas extranjeros que ya estaban en la Ciudad Condal, partieron hacia Aragón para aplastar a los facciosos. Ramón Mercader, su madre y su hermano Pablo, entre los primeros. Heridos en combate y de nuevo la lucha. Desde el cuartel Vorochilov, instalado en un convento de Sarriá requisado por la JSUC, Ramón Mercader contribuye a organizar el batallón de voluntarios "Jaume Graells", y al frente del batallón integrado al Ejército Popular sale de Cataluña para Guadalajara vestido de flamante uniforme de comandante que acentuaba su prestancia.

A finales de 1937 un grupo de chicas catalanas visitamos el ya famoso batallón, y junto al tranquilo comisario Peñarroya vimos a un Mercader eufórico y elegantísimo con sus pantalones de montar y relucientes polainas de cuero. Recuerdo que celebramos una reunión de JSUC en una dependencia del Club del Soldado, instalado en un caserón de la Alcarria, y Ramón Mercader se pasó la sesión paseando arriba y abajo a grandes zancadas, como solían hacerlo los comisarios de las películas soviéticas. Todos imitábamos a los protagonistas de las películas rusas, pero no vivíamos ninguna película. Volví a verle en Barcelona, también en un hospital, pero no herido, sino enfermo de disentería. Recuerdo que al entrar en su cuarto una joven enfermera le reprimía por algo con fingida severidad y él consiguió apaciguarla con zalamerías que, seguramente, emplearía después

para engañar a Silvia Ageloff. No cabe duda que Ramón Mercader era lo que los franceses llaman un "charmeur". Quienes le asignaron la siniestra misión debieron tenerlo en cuenta.

La guerra de España iba mal para la República. La URSS era el único país que nos vendía tanques y aviones, nos mandaba alimentos y asesores militares, entrenaba nuestros pilotos y asumía nuestra defensa en los foros mundiales. Esta circunstancia nos hacía más incondicionales de la URSS, hasta el punto de que los procesos que tenían lugar en Moscú o en Leningrado contra bolcheviques y honestos ciudadanos soviéticos, nos parecían una victoria del socialismo contra el fascismo, el imperialismo y sus agentes "capitaneados" por Leon

decir un honor. Es tremendo admitirlo, pero así era. Tuvo que celebrarse el XX Congreso del PCUS para darnos cuenta de que no militábamos en un partido comunista, sino en una Iglesia con sus Borgias, sus beatos y sus inquisidores. Sin embargo, no por eso íbamos a arrojar la esponja, puesto que el combate por el socialismo prosigue y es cada vez más necesario.

¿Por qué eligieron a Ramón Mercader? Debieron tener en cuenta condiciones personales al margen de su probada militancia y arrojo. Su madre le animó, sin duda. Y en estas cosas, los militantes de origen burgués se comportan con celo, como si quisieran borrar "el estigma de su clase". Le fabricaron una nueva identidad que le obligó a llevar una doble vida.



Mercader se atuvo siempre a su versión: era belga, era simpatizante trotskista y había discutido con el maestro sobre un artículo que le dio a leer.

Trotsky. Hoy todo esto parece increíble, pero quienes lo vivimos y lo asumimos en nombre del marxismo-leninismo-estalinismo, sabemos que era así.

Implícitamente, Leon Trotsky fue condenado a muerte en rebeldía en aquellos terribles procesos. Quienes decidieron fusilar a Kamenev, Zinoviev, Antonov Ovseenko y tantos otros veteranos bolcheviques, confiaron a Ramón Mercader la misión de ejecutar al principal encartado refugiado en México. Para tales "misiones" no se consultaba a los partidos, pero dudo que de haber sido consultados se hubiesen opuesto. En aquella época muchos lo habríamos considerado una prueba de excepcional confianza, por no

Se introdujo en círculos trotskistas hasta ganar el amor de una mujer de buena fe que, creyendo haber hecho un adepto al trotskismo, sirvió de caballo de Troya para que el agente estalinista entrase en la fortaleza de Coyoacán, donde el hombre condenado a muerte en rebeldía escribe y piensa, actividad que el fiscal Wishinsky calificó de "alta traición a la URSS y al proletariado mundial".

Los golpes de piolet no produjeron la muerte inmediata de la víctima. A sus gritos acudieron los guardianes. El agresor fue golpeado hasta quedar como lo muestran las fotos mexicanas de la época. Quisieron que confesara quién era y para quién "trabajaba". Mercader se atu-

vo siempre a su versión: era belga, era simpatizante trotskista, había discutido con el "maestro" sobre un artículo que le dio a leer, se acaloró, etc., etcétera. La Policía mexicana -Cárdenas estaba al término de su mandato- trató de obtener lo que los guardianes de Trotsky no le arrancaron. Mercader se mantenía en su versión falsa. Había que "proteger" a la URSS, había que "comportarse como un bolchevique".

Hubo proceso: tres años de interrogatorios, careos, traslados, reconstituciones. Se le condenó a veinte años de prisión. Los cumplió. El año 1952 fue identificado. Lo extraño es que hubiesen tardado tanto. Muchos lo reconocimos en las fotos de Mornard, pero ni siquiera entre nosotros lo comentábamos para no facilitar su identificación intuyendo que podría perjudicar al partido y, sobre todo, a la Unión Soviética. En todo caso, nos permitíamos decir que se trataba de un "renegado", etcétera. Así "cumplíamos" la misión que, al serle encomendada a Ramón Mercader, nos comprometía a todos sus camaradas de generación. Después, cuando supimos que Stalin no encarnaba la URSS, sino el crimen, seguimos callados respecto a Ramón Mercader, puesto que él mismo se imponía silencio.

Cumplió la condena, en el curso de la cual concedió entrevistas a decenas de periodistas y escritores, falsos o auténticos. Siempre les largó el rollo Mornard-Jackson-trotskista-decepcionado. A base de la falsa versión se escribieron libros rocambolescos y mediocres, en los cuales se deformó la personalidad de Mercader y muy especialmente la de su madre. En la cárcel de Lecumberri se hizo técnico electricista, creando su propio taller y un equipo de "gorilas" para evitar venganzas públicamente anunciadas desde prensa trotskista. Recibió, sin duda, ayuda material de servicios especiales soviéticos, puesto que lo de su "mamá millonaria" era un cuento. Si los soviéticos le habían confiado una tarea no podían abandonarlo en las consecuencias. Incluso le condecoraron, pero, ¿de qué sirve una condecoración si no puedes decir por qué te la condecoraron?

El padre de Ramón Mercader murió hace pocos años en Barcelona. Su madre, Caridad del

EL NOBEL DE SUAREZ

EL problema que tiene Suárez para conseguir el Premio Nobel de la Paz es que nunca ha hecho ninguna guerra. Tiene enfrente a Sadat, que es un hombre de combate, y está por lo tanto en la línea de los grandes Nobel de la Paz, como lo fue Kissinger. A Churchill, guerrero de toda su vida, estuvieron a punto de dárselo, pero finalmente tuvieron un poco de vergüenza y le dieron el de Literatura, lo cual es más vergonzoso todavía. Pero el mismo año le dieron el Nobel de la Paz al general Marshall, con cuyo plan se había desatado en el mundo la guerra fría y era un arma del predominio económico, político y militar de Estados Unidos en Europa, y que antes tenía una vida completa de combatiente. Como todo ello procede de una contradicción, que es la de que el dinero con que se fundaron los Nobel procede del que produjo el invento de la dinamita —que aún hoy, pasada de moda como está, sigue segando vidas humanas— a Alfred Nobel, nadie se extraña de nada.

Hay, además, una semántica que ha alterado el concepto de la palabra paz. El Ejército de los Estados Unidos tiene como lema "Peace is our task" ("La paz es nuestro trabajo"), cuando a todas luces su trabajo es la guerra, y hacerla lo mejor posible, incluso con bombas de neutrones que respetan las propiedades y destruyen las vidas humanas, como dice la propaganda. El uso del término "pacificación" comenzó a utilizarse en las guerras coloniales y en las zonas de ocupación: se enviaban tropas, o gendarmes, a "pacificar el territorio", lo cual indicaba ya luchas, combates, matanzas. Lo que ocurre es que la guerra, "fresca y alegre", como decía el Kronprinz, "única higiene del mundo", según el futurista-fascista Marinetti, perdió a partir de este siglo el prestigio épico que tenía y comenzó a considerarse, al fin, como un mal. La solución no fue prescindir de las guerras, sino incluirlas en la terminología de la paz y explicar que las guerras se hacían para conseguir la paz. Lo cual encierra una verdad: una vez aplastado el enemigo, el enemigo pierde por el momento toda intención de hacer una guerra.

En el caso del presidente Suárez como candidato destacado para el Nobel de la Paz de este año parece tenerse en cuenta su presunta condición de apaciguador de España. Y de la reconciliación de los españoles. Parece que al presidente se le atribuye la cualidad de haber terminado con una guerra civil que ocurrió cuando él no había nacido y que, sin duda, duraba hasta su gobierno. Para lo cual hay que suponer que ha terminado ya realmente: hay autores que no están muy seguros. Vizcaino Casas comenta en "El Imparcial" que Carter, ahora, diga que "es hora de perdonar y de olvidar", refiriéndose a la guerra civil de su país hace un siglo. "Y aquí seguimos quejándonos —dice— de que no se haya olvidado la guerra todavía". Es cierto que los vencidos son siempre prematuros en lo de pedir perdón y olvido: por lo menos, deben esperar un siglo. Lo que pasa es que, en ese tiempo, se mueren. Pero siempre se les puede rehabilitar a título póstumo. Los vencedores requieren que pase un tiempo prudencial.

Quizá el presidente Suárez tenga que esperar más tiempo. O pasarle el Premio a Carrillo, que fue quien inventó lo de la "reconciliación nacional". Y así pasarán años y guerras, frescas y alegres, y le podrán dar el Nobel de la Paz a un verdadero guerrero español. Quizá el mismo año le den el de Literatura a Vizcaino Casas. ■

POZUELO



El asesino de Trotsky, en la prisión de Múxico donde cumplió su sentencia, en 1950.

Río, falleció en París hace tres años. Quedan en Francia sus hermanos Jaume y Montserrat. Su hermano Luis acaba de llegar a Barcelona procedente de Moscú, donde hizo una brillante carrera científica. Ha declarado que Ramón quería "volver a Barcelona, aunque fuese a barrer sus calles". Ni eso habría podido hacer de haber regresado. No había concluido su misión.

El otoño de 1966 fui a Praga a enterrar a mi padre. En el vestíbulo del aeropuerto, esperando la salida de algún avión, vi a una anciana flaca y algo extravagante por la indumentaria. Me pareció que se había encogido, pero la reconocí pese a los cambios de la edad. No me acerqué a saludarla e hice mal, lo admito. De todos modos, si le hubiera saludado no me habría dicho que iba a Moscú a ver a su hijo Ramón, habría inventado cualquier historia. Sin embargo, todos sabíamos que Ramón Mercader estaba en Moscú, ¿dónde iba a estar, pues?

Acaba de morir y sería fácil decir que fue una víctima más de Stalin, pero todos fuimos Stalin. A todos nos hizo daño el estalinismo creado por todos y entre todos, sólo que muchos de los camaradas de Ramón hemos podido regenerar nuestras filas desestalinizando. A Mercader le tocó lo más siniestro, lo más pesado, y el hecho de asumir voluntariamente la car-

ga no atenúa su peso. Creo que la llevó lo mejor que pudo y nunca situó a los soviéticos en posición embarazosa o comprometida. Era parte de su misión.

Cualquier editor le habría dado millones por un libro que se titulase: "Por qué y cómo maté a Trotsky". Cualquier potencia imperialista pudo haberle ayudado a "escoger la libertad", pero Ramón Mercader era un hombre inteligente, lealtades aparte. Sabía que al aceptar la "misión" de ejecutar a Leon Trotsky debía ir hasta el fin. Y esto implicaba su silencio y la renuncia a las satisfacciones de la militancia abierta.

No se trata de hacer la apología del asesino invocando al militante, pero el caso de Ramón Mercader no puede tratarse como si fuese un Dillinger. Tiene implicaciones políticas. Debemos intentar explicarnos cómo fue posible la utilización del militante para un crimen fratricida preparado en los laboratorios de Beria contra un discrepante político. Hay que sacar enseñanzas porque las tiene, especialmente para mi generación. La de mi padre fue más crítica, más ética, menos manipulable, menos fanática, aunque su preparación teórica se haya mostrado precaria. El fanatismo, del signo que sea, es siempre reaccionario y, en el caso de Ramón Mercader, puede conducir al crimen; peor aún: al fratricidio. ■ T. P.